

CINE

"Reina Zanahoria"

Cuando Gonzalo Suárez ha perdido sentido del humor ha realizado películas de menor interés ("La regenta", "Beatriz", "La loba y la paloma"...). Sin embargo, cuando se ha vuelto más imaginativo e interesante ha sido cuando, como en sus novelas, ha prescindido del tono doctoral y ceremonioso que muchas veces adopta, y ha dejado que la propia dinámica de la historia, que sus posibilidades en el disparate, concretaran el sentido último de lo que quería contar. "Ditirambo", en el cine, y "De cuerpo presente", en la novela, son, en este sentido, para mí, sus mejores trabajos.

Ahora, en "Reina Zanahoria", Suárez ha retomado algo de aquel camino abandonado (suplico que a raíz del fracaso de "Aoom", una película sin estrenar y descuartizada para realizar luego otra, "Al diablo con amor"), un camino que ha sido desconcertante y sin rumbo estético claro. Los vaivenes provocados por los criterios de las productoras, la lotería continua del éxito o el fracaso de una película han ido determinando una carrera que se prometía más importante de lo que realmente ha sido.

Pero hay algo que parece ya

inevitable: el afán de trascendencia de un cineasta que se ha visto mermado en su trabajo. "Reina Zanahoria" es una obra irregular precisamente por ello. Su primera mitad, donde Gonzalo Suárez juega a imitar el cine cómico —desde Mack Sennett hasta nuestro contemporáneo Jerry Lewis—, es decir, donde aparentemente su capacidad imaginativa es menor, resulta casi apasionante. En la interminable serie de títulos que han pretendido inspirarse en aquellos difíciles "gags" y en aquella enloquecida narrativa, la primera mitad de "Reina Zanahoria" es un ejemplo de saber ver y saber hacer.

Sin embargo, como no es posible mantener hora y media de proyección exclusivamente a base de dichos "gags", Gonzalo Suárez se ha reestructurado el género para condicionarlo a ese afán trascendental que antes se citaba. Y así, la segunda mitad de la película es una suerte de parábola aburridísima, donde ni los posibles valores expuestos —la gran capitalista norteamericana que consigue crear en España la banda de los inútiles— o al mayor inútil del mundo —para que gobierne— ni las secuencias concretas están a la altura de la primera parte. Como si cuando uno pretende insinuar algo que le parece inteligente, tuviera que fallar el humor. "Reina Zanahoria" se transforma, de un film imaginativo, a una caricatura de sí mismo, convirtiendo aquel ingenio primero en algo bastante más grotesco.

Y es lamentable; quizá también inevitable si uno no cree se-

riamente en la capacidad de la risa. Justamente aquellos maestros —Sennett y Lewis— tenían la virtud de poder transformar una narración sin violentarla ni extremarla, lo que a fin de cuentas viene a decir que aún hay que seguir viéndolos y estudiándolos, porque por ahí hay un camino apasionante, capaz de fomentar la capacidad creativa personal de Gonzalo Suárez y de tantos otros. ■ **DIEGO GALAN.**

"La última cena"

Primera película del cubano Tomás Gutiérrez Alea que se estrena en España (aunque en cine-clubs se ha exhibido durante unas temporadas su espléndido "Cumbite"). Curiosamente, es también la primera de este director que —si no olvido algún título— no trata el momento actual de su país. "La última cena", ambientada en el siglo XVIII, es una fábula sobre la colonización española y el racismo, una espléndida caricatura, una estremecedora tragedia..., pero, en definitiva, una película histórica que debe arrastrar menos complicaciones para su director que otra película —como "Memorias del subdesarrollo"— más atenta a la realidad presente de su país.

"La última cena" es una parábola sencillísima, rodada con una inteligencia admirable. El juego dramático es casi previsible, lo que no impide que en algunos momentos concretos de la película —como es la propia ce-

"Reina Zanahoria", de Gonzalo Suárez.



Festival Internacional del Cine Joven en La Habana

La Comisión Permanente del Comité Internacional Preparatorio del XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes y el Comité Organizador de Cuba, convocan al Festival Internacional de Cine Joven, que tendrá lugar en La Habana el próximo mes de julio de 1978.

El Festival Internacional de Cine Joven tiene como objetivo principal destacar la obra y films realizados tanto por cinematografías como por cineastas jóvenes de todo el mundo, que auténticamente expresen los valores culturales de sus respectivos países y el papel de los jóvenes en la solidaridad antiimperialista, la paz y la amistad entre todos los pueblos.

El Festival Internacional de Cine Joven admitirá films de todos los géneros (ficción, documental y dibujos animados), formatos y longitudes que se ajusten a estos principios. Paralelamente se organizarán debates, conferencias y mesas redondas que permitan ampliar y profundizar el conocimiento de las problemáticas que enfrentan las cinematografías, movimientos y cineastas que con sus obras acompañan y expresan los procesos liberadores de sus pueblos y culturas.

Todos los participantes recibirán un diploma que acredite su participación en el evento y un Jurado internacional otorgará premios a los mejores films de cada género.

Reglamento

1. Los films pueden presentarse en versión original, preferentemente subtítulos en español, ruso, inglés o francés, cuando esto sea posible.
2. Los films deben acompañarse con la correspondiente ficha técnica, lista de diálogos en español, ruso, inglés o francés, fotos, afiches, sinopsis, críticas y cualquier otro material que permita su mejor difusión y exhibición.
3. Los films y los materiales complementarios deben ser enviados a través del Comité Nacional Preparatorio de cada país, antes del 30 de abril de 1978, a: Distribuidora Internacional de Películas ICAIC, Calle 23, número 1.155, Vedado, La Habana. Teléfono 34 40 0. Cable: ICAIC, acompañados, además, de la planilla de inscripción que se adjunta, redactada en español, ruso, inglés o francés.
4. Los gastos de transporte a Cuba los asumirá el Comité Nacional Preparatorio del país de procedencia, y los de vuelta los asumirá el Comité Internacional Preparatorio del XI Festival. ■



"La última cena", de Tomás Gutiérrez Alea.

na, la secuencia más larga y complicada de todo el rodaje—sea auténticamente apasionante seguir la situación de cada personaje, comprobar cómo Gutiérrez Alea va desarrollando la situación —al principio, tensa, dura; al final, relajada, y abierta—que sintetiza toda su capacidad crítica y al tiempo orienta la película hacia el trágico desenlace final.

En un ingenio de azúcar, en plena Semana Santa, el conde (español) propietario, decide redimir sus culpas e invita a doce negros a compartir su mesa, una vez que ha lavado personalmente los pies de todos ellos. Ese acto de humildad es recibido con estupor por los esclavos, que, sin embargo, acaban creyendo en la sinceridad de su amo. Sinceridad que les lleva a decidir no trabajar el Viernes Santo, dado que, como el cura y el conde han dicho, es día festivo. No obstante, nada de lo que en la borrachera del Jueves Santo ha prometido el conde tiene efectividad al día siguiente. Y los doce negros son perseguidos y asesinados como autores de un delito de sedición...

Este esquema, que, como se ha dicho más arriba, es de una simplicidad total, permitiendo claramente imaginar la continuación dramática, no implica, sin embargo, apasionarse. Los espléndidos actores que componen el reparto de la película y el desarrollo dramático de sus se-

cuencias permite que "La última cena" sea finalmente una película que sorprende a cada momento. Sorpresa, naturalmente, limitada a los propios confines de la película; no va "La última cena" más allá de lo que autoriza esa trama popular, esa elección de narrativa elemental o el fin didáctico y primitivo que persigue. ■ DIEGO GALAN.

"Iré como un caballo loco"

Dicen los exégetas de Arrabal (1) que esta película, segunda de su autor, es una obra de extraordinaria riqueza temática, que es capaz de turbar profundamente al espectador, que es capaz de sugerir novedades insólitas y que, finalmente, contiene suficientes elementos para conducir al entusiasmo más desenfrenado. En el momento de su estreno (1973), los críticos franceses celebraron la aparición de esta película como anteriormente habían hecho con "¡Viva la muerte!", película que también consideraban como un espléndido análisis de la España franquista, como una síntesis

(1) En TRIUNFO, por ejemplo, se publicó un artículo apasionado de Angel Berenguer con motivo del estreno de la película en París. Número 585, 15 de diciembre de 1973.

perfecta de los traumas y perversiones ancestrales de la España tradicional. Todo esto lo decían los críticos franceses, mientras los espectadores españoles nos quedábamos atónitos ante aquella montaña de imágenes tópicas y elementales que poco tenían que ver con la realidad diaria (y angustiosa) de aquella España. Sin embargo, no estar de acuerdo con "¡Viva la muerte!" (o no gustar de ella) era poco más o menos colocarse como defensor de esa España tenebrosa que Arrabal decía que retrataba y atacaba.

Leyendo los comentarios de "Iré como un caballo loco", se repite la misma situación. Si uno ve en esta película una explosión ingenua de adolescente poco preparado, si considera que los excesivos símbolos que pueblan toda la película son de una corteza capaz de aburrir hasta el bostezo, si uno, en lugar de estremecerse, ríe con sus "números fuertes", es probable que sea calificado por esos exégetas como fascista empedernido, irremediable. Fascista "malgré lui".

Pero da igual. No sé qué podría pensarse en 1973 de "Iré como un caballo loco". Sí sé, en cambio, que en 1978 resulta bastante penoso seguir la historia de un hombre —Aden-Adan— que huye al desierto, donde encuentra a un enano puro —Marvel—, al que lleva a la civilización de la gran ciudad en prueba de amor. Aden-Adan es un hom-

bre atormentado por su infancia, es decir, que, como suele ocurrir en los esquemas simplones, fue un niño que vio fornicar a su madre y, por tanto, epiléptico y culpabilizado. (La madre, naturalmente, es el elemento castrador como repetidas veces cuenta Arrabal en la película.) Esa culpabilidad le hará huir de la Policía —que a su vez le considera culpable de su delito—, encontrando la muerte. Otra vez en el desierto, Marvel se come el cadáver de su amigo Aden-Adan y surge un nuevo hombre que baila frente al sol, contento y libre...

Bueno, pues esto o poco más es lo que Arrabal cuenta apasionadamente, aunque su pasión no impida la torpeza. Su afán de provocación con imágenes muchas veces incoherentes, resulta infantil. No sólo no se estremecía nadie en la sala durante la proyección, sino que algunas risas abiertas que no hubiesen gustado al autor coronaban cada una de esas secuencias.

Lo que no sé es si "Iré como un caballo loco" pretende ser un retrato de esa España comentada antes, como dicen los críticos franceses. En la película, tal intención no se nota. Pero en el caso de que ello fuera cierto, sé ha retratado mucho mejor esa España desde dentro que con la perspectiva lejana del exilio, plagada de tópicos que poco pueden ayudarnos a la mejor comprensión de lo que nos pasa (o nos pasaba). ■ DIEGO GALAN.

"Iré como un caballo loco", de Fernando Arrabal.

